

Volver a ser niños: arte, juego y memoria en la creación interdisciplinar

Mayerly Zulay Sánchez Páez

Grupo de teatro interdisciplinar *Jugando a ser hormigas*

zumusique@gmail.com

Resumen

Este artículo presenta una reflexión en torno a la importancia de la interdisciplinariedad en el arte contemporáneo, a partir del proceso creativo de la obra *Jugando a ser hormigas*, una propuesta escénica que articula danza, música y teatro. Se plantea cómo la integración de distintas disciplinas permite un diálogo horizontal entre lenguajes artísticos, fomentando procesos de creación colectiva que interpelan al artista no solo desde lo técnico, sino también desde lo sensible, lo simbólico, lo vital; un encuentro introspectivo. La obra, concebida como homenaje al maestro, investigador y artista Abelardo Jaimes, se convierte en un acto de sanación y reencuentro con la esencia del acto creativo: el juego, la exploración y la pregunta constante.

Palabras clave: Arte contemporáneo, interdisciplinariedad, creación colectiva, pedagogía del arte, memoria, juego.

Abstract

This article presents a reflection on the importance of interdisciplinarity in contemporary art, based on the creative process of the work "*Jugando a ser hormigas*" (Playing at Being Ants), a performance that articulates dance, music, and theater. It considers how the integration of different disciplines allows for a horizontal dialogue between artistic languages, fostering collective creative processes that challenge the artist not only from a technical perspective, but also from a sensitive, symbolic, and vital perspective; an introspective encounter. The work, conceived as a tribute to the teacher, researcher, and artist Abelardo Jaimes, becomes an act of healing and a reconnection with the essence of the

creative act: play, exploration, and constant questioning.

Keywords: Contemporary art, interdisciplinarity, collective creation, art pedagogy, memory, play.

Introducción

Este texto es una reflexión sobre la importancia de la interdisciplinaria en las artes, a partir de la experiencia vivida en la creación de la obra *Jugando a ser hormigas*. Más allá de la exploración técnica entre disciplinas como la música, la danza o el teatro se plantea aquí una mirada sensible sobre el arte como espacio de encuentro, transformación y sanación. La interdisciplinaria se presenta no solo como un método de creación, sino como una forma de volver a la esencia, de reactivar la curiosidad y de reconstruir el vínculo con nuestro ser creador.

Objetivos

- Analizar el proceso de creación de la obra *Jugando a ser hormigas* desde una perspectiva interdisciplinaria.
- Comprender cómo la colaboración entre lenguajes artísticos propicia

un discurso colectivo significativo.

- Reflexionar sobre el rol del artista como sujeto sensible, creador y transformador dentro de un proceso escénico colectivo.
- Evidenciar el potencial del arte interdisciplinario como espacio de exploración, sanación y construcción de identidad.

Marco Teórico

La creación interdisciplinaria en las artes contemporáneas parte de un reconocimiento de la necesidad de romper las fronteras tradicionales entre disciplinas. En palabras de Saborit y Carrere (2000), el arte contemporáneo ha abandonado "la norma de imitar los modelos y la apariencia visible de las cosas", generando nuevas formas de construcción de sentido a partir de la fusión de lenguajes, códigos y expresiones. Esta tendencia no sólo responde a una búsqueda estética, sino también a una manera de habitar el mundo desde el cruce de perspectivas y la apertura hacia la otredad.

Desde esta mirada, el pensamiento interdisciplinario se posiciona como una

forma de conocimiento relacional, donde el encuentro entre distintas áreas artísticas —danza, música, teatro y narración— no busca la subordinación de una sobre otra, sino el diálogo horizontal entre sus discursos. Como señala Polo (2019), “el espectáculo actual permite un diálogo entre el diferente potencial que tienen las artes y su capacidad de penetrar en la materia artística” (p. 106). Este tipo de creación requiere, por tanto, una disposición abierta al intercambio, la escucha y la observación profunda del otro.

En ese sentido, el juego aparece como una categoría fundamental para comprender la creación artística desde una perspectiva vital. Huizinga (1949) propone en su obra *Homo Ludens* que el juego es una condición previa a toda cultura y que muchas de las manifestaciones humanas —incluyendo el arte, la religión y el derecho— nacen desde esta pulsión lúdica. Jugar implica libertad, reglas propias, imaginación y transformación: elementos también esenciales en la práctica artística. Al permitirnos volver a una mirada exploratoria, el juego nos devuelve a un estado de curiosidad activa, como sucede en la infancia.

Este concepto que nos enmarca en la niñez, es entendido aquí no solo como una descripción biográfica sino como una actitud perceptiva, se convierte en una metáfora para el artista que desea reconectarse con su potencia creativa. Como plantea Agamben (2001), la infancia está ligada a lo que aún no ha sido dicho, a una zona de indeterminación que habilita nuevas formas de expresión. Volver a ser niños es entonces un acto de resistencia simbólica: el gesto de jugar, de inventar, de crear mundos desde el asombro.

Desde estas perspectivas teóricas, el proceso creativo de la obra *Jugando a ser hormigas* se inscribe dentro de una lógica donde el arte deviene experiencia colectiva, espacio de sanación y encuentro con lo esencial. La creación interdisciplinar es aquí no solo una técnica compositiva, sino una ética de la relación: el arte como territorio compartido para imaginar, reconstruir y narrar otras formas posibles de existir.

Metodología / Planteamiento

El presente trabajo se enmarca dentro de la investigación artística, entendida como una práctica que articula la creación, la

reflexión, la praxis y el análisis de la experiencia estética como medio de producción de conocimiento. En este contexto, se asume la creación como eje central para la disertación sobre la interdisciplinariedad en las artes, situando la obra *Jugando a ser hormigas* como campo de experimentación y como plataforma de pensamiento.

La investigación artística, como modelo metodológico, permite transitar entre los planos de lo sensible y lo conceptual, integrando herramientas propias de la práctica creativa con estrategias de análisis, registro y documentación. Este enfoque, en tanto abierto y dinámico, posibilita la emergencia de saberes situados que se producen desde la experiencia, reconociendo la obra como un dispositivo epistémico en sí mismo. Como afirma López (2014), se trata de fomentar un bucle continuo de interacción entre la creación y la reflexión: observar la práctica artística, registrarla, interpretarla y generar conceptualizaciones que, a su vez, retroalimenten el proceso creativo.

En este marco, la metodología aplicada en *Jugando a ser hormigas* fue de carácter experiencial, exploratorio y dialógico. Lejos de seguir una estructura lineal o

preestablecida, el proceso emergió a partir de la necesidad de rendir homenaje al maestro Abelardo Jaimes, cuya figura evocó interrogantes profundas sobre el sentido de crear, el rol del artista y la potencia vital del arte. La creación se activó a través de preguntas generadoras: ¿cómo iniciar?, ¿por qué crear?, ¿qué nos moviliza?

El proyecto convocó a artistas provenientes de la danza, la música y el teatro, quienes participaron desde sus trayectorias particulares y sensibilidades propias. Este encuentro interdisciplinar se constituyó como un espacio de escucha activa, de intercambio simbólico y de improvisación colectiva. Los ensayos se desarrollaron como laboratorios abiertos, donde se exploraron ejercicios de observación mutua, resonancia y traducción entre lenguajes artísticos. En este tránsito, cada gesto, movimiento, sonido o imagen fue decodificado y resignificado por los otros, dando lugar a una dramaturgia en constante transformación. La figura de la hormiga

operó como metáfora aglutinadora¹: símbolo de lo colectivo, y de la potencia de la individualidad. Asimismo, el juego y la memoria de la infancia emergieron como pulsaciones centrales, anudando la creación a preguntas sobre el origen, la vulnerabilidad, el deseo de pertenecer y la necesidad de volver a la raíz creadora. Así, la metodología devino una cartografía viva que permitió construir conocimiento desde el hacer, potenciando el acto creativo como experiencia cognitiva, sensible y transformadora.

El arte moderno y contemporáneo ha buscado constantemente reemplazar paradigmas por nuevas formas de pensar y crear. Ha intentado eliminar etiquetas, romper modelos y disolver géneros, en un esfuerzo por anular lo preestablecido y abrir paso a la concepción de lo nuevo. Este impulso se manifiesta en cambios abruptos, incluso radicales, que desafían y alimentan el progreso del conocimiento artístico. Como afirman (Saborit y Carrere, 2000), “la vanguardia abandonó en gran medida la norma de imitar los modelos y la apariencia visible de las cosas”. En este proceso, se rechazan o se reformulan

modelos conceptuales, proponiendo nuevos modos de aprehender la realidad.

Desde esta perspectiva, la relación entre distintas disciplinas artísticas invita a adoptar un pensamiento verdaderamente interdisciplinar, es decir, una visión plural donde cada lenguaje creativo aporta desde su propia esencia. En este diálogo, ninguna disciplina domina ni depende de otra: todas se entrelazan en equilibrio. Esto implica nuevas formas de cuestionar, de plantear objetivos y de construir obras que respondan a un pensamiento expandido, abierto, libre. La interdisciplinariedad, entonces, no es solo un recurso metodológico, sino una actitud creativa y filosófica.

Adoptar una mirada interdisciplinar en el arte también implica un compromiso ético y estético con la equidad entre lenguajes. Supone valorar por igual los aportes de cada creador, reconociendo que cada disciplina tiene su propio universo simbólico y técnico, pero que todas pueden entrelazarse sin jerarquías. En esta medida, la interdisciplinariedad exige nuevas formas de plantear preguntas y objetivos,

¹ La imagen de la hormiga fue inspirada, en parte, por una experiencia personal del homenajeado Abelardo Jaimes.

estimulando procesos creativos donde lo colectivo y lo singular conviven en una constante retroalimentación.

Este enfoque está íntimamente ligado a la dimensión ontológica del arte: al diálogo profundo entre el artista y su obra. En el arte contemporáneo, esa relación se manifiesta como una total libertad de acción, donde las obras nacen a partir de las singularidades culturales y personales de quienes las crean. Estas singularidades abren paso a nuevas formas de pensar y hacer, donde las ideas se cruzan, se interconectan, se transforman. Así, la obra se convierte en un espacio de simbiosis conceptual, en el que cada artista aporta desde su modo particular de percibir, sentir y construir el mundo.

Esta reflexión nos lleva a comprender cómo la relación interdisciplinar en las artes nos hace crecer, transformarnos y expandir nuestra mirada como creadores. Nos revela la necesidad de aprender de otras expresiones: la danza, la música, la pintura, el teatro... y de todo aquello que nos permita mirar con ojos de inocencia y asombro otros mundos posibles. Mundos que, al integrarse en nuestra práctica, nutren nuestro saber artístico desde la experiencia viva del hacer.

Para ilustrar esta idea y comprender la profundidad de la interdisciplinariedad, compartiremos algunos hallazgos surgidos en el proceso creativo de la obra *Jugando a ser hormigas*. Esta propuesta ha permitido a cada artista involucrado encontrarse consigo mismo y con los otros, dando lugar a una nueva concepción de lo interdisciplinar. A partir de la conexión y la comunicación entre distintos lenguajes artísticos, se ha abierto un espacio fértil para la exploración, el descubrimiento y la creación colectiva.

¿Por qué decidimos ser artistas? ¿Cuál es el papel del arte en nuestras vidas? ¿Es difícil comenzar una obra, una pintura, una composición? Claro que sí. Siempre surge la incertidumbre: ¿por dónde empiezo?, ¿qué ideas me rondan?, ¿cuál es el sentido de lo que quiero crear?, ¿qué necesito para desarrollarlo? Estas preguntas, a veces infinitas, nos interpelan constantemente, nos confrontan con nuestro ser y con nuestra historia.

¿En qué momento nos detenemos a pensar en nuestro rol como artistas? ¿Para qué hacemos arte? ¿Por qué lo elegimos? Tal vez estas preguntas permanecen ocultas en la rutina, latentes, hasta que algo nos sacude profundamente. Algo que resuena

en el alma y nos devuelve a nuestra esencia: la necesidad de crear. De volver a ese espacio donde el arte surge, y nos reconstruye.

Y entonces aparece el punto cero. Ese momento en el que no sabemos qué hacer ni cómo empezar. Donde las preguntas llegan como un nudo sin punta. Muchas veces es la incomodidad con nuestra realidad —una realidad que se vuelve incomprensible— la que activa el impulso creador. Y hablo aquí no solo por mí, sino por todos aquellos artistas que, no siempre encuentran espacio para la creación en su vida cotidiana. Porque ya no hay tareas universitarias que nos obliguen a hacer arte. Porque el trabajo no siempre permite crear. Porque la rutina consume el tiempo, y porque, además, vivir del arte en muchos contextos latinoamericanos es un desafío inmenso.

Frente a ese panorama, buscamos espacios alternos donde el arte vuelva a tener lugar, donde podamos reencontrarnos con esa parte esencial de nuestra existencia. Esos espacios donde lo creativo resurge como una necesidad vital, una forma de resistir, de sanar, de comprender.

Y es precisamente desde esa necesidad — desde esa incomodidad fértil— que surgen experiencias que nos invitan a repensarnos: momentos dolorosos, confrontantes, catárticos o profundamente sensibles. Momentos que nos recuerdan que hemos dejado de crear, que hemos olvidado cómo volar. En este proceso, la realización de *Jugando a ser hormigas* se fue aplazando. Por muchas razones: por falta de manos, de espacio, de objetivos comunes... pero el momento llegó. Y con él, también llegó la razón.

La obra nació como un homenaje al maestro Abelardo Jaimes, docente e investigador de la Universidad Antonio Nariño y la Universidad Pedagógica Nacional, de la cual también fue el director del departamento de música. Un ser humano que dejó huella en cada paso de su camino artístico, pedagógico e investigativo. A través de su trabajo, nos enseñó que el arte es una herramienta para encontrarnos cuando nos sentimos perdidos; que nos ayuda a volver a lo humano, a lo esencial, a lo comprensible. Él nos mostró que basta con el deseo de hacer, con tomar acción, para que la creación empiece a fluir.

Así, *Jugando a ser hormigas* nació como un gesto catártico y simbólico. Como un tributo no solo al maestro Abelardo y a su legado, sino también a los maestros de la Universidad Pedagógica que partieron tiempo después. Un acto de memoria, pero también de renacimiento.

No saber cómo iniciar ya es, en sí mismo, una declaración profunda. Nos enfrenta a nuestros miedos, a nuestras resistencias, a nuestras preguntas sin respuesta. Nos obliga a mirar hacia adentro y reconocer lo que hemos dejado de lado. ¿Por qué hemos perdido la urgencia de crear? ¿Por qué no cultivamos esa necesidad constante de hacer, más allá del producto, más allá del resultado final?

En ocasiones, olvidamos que ser artista no es una tarea, ni un talento, ni siquiera una vocación: es una forma de vida. Es una manera de mirar el mundo, de relacionarnos con él, de aprender a nosotros mismos. Pero el entorno muchas veces nos consume. La rutina, las exigencias laborales, la falta de tiempo o de recursos nos arrastran lejos de nuestro centro. Y sin ese centro, sin ese significado profundo, dejamos de crear. Dejamos de preguntarnos por qué lo hacemos. Y esperamos —ingenuamente— que la

inspiración vuelva sola, como si se tratara de una visita inesperada.

Pero sabemos que no es así. La inspiración, aunque es fuente de elementos, nace de la acción. De ese caos incomprensible que, al ser habitado, se convierte en impulso creativo. ¿Qué nos mueve, entonces, a hacer arte? Quizás sea ese vaivén de preguntas, ese vértigo de no saber, lo que germina en nosotros como acto creativo. Y es justo ahí —en medio del caos— donde comenzamos a intuir respuestas. No respuestas racionales, sino vitales. Orgánicas. Que se manifiestan en un movimiento, en un trazo, en un sonido, en un gesto que nos conecta con el entorno y con nosotros mismos.

Iniciar una obra nunca es fácil. En el camino creativo hay periodos de abundancia y de silencio absoluto. De expansión y de vacío. Por eso es tan importante la conexión con nosotros mismos. El arte nos devuelve al origen. A lo esencial. A ese espacio donde podemos habitar nuestras emociones sin juicio, y transformarlas en lenguaje. La forma más genuina de expresarnos no está en las palabras, sino en los colores que usamos, en los cuerpos que se mueven, en las notas

que vibran, en los gestos que se sostienen en el tiempo.

Cuando perdemos esa conexión, el acto creativo se desvanece. Se vuelve frágil, inestable. Nos descentramos, nos disolvemos en lo cotidiano. Y entonces el inicio de una nueva creación se siente como una travesía angustiante hacia lo desconocido.

Pero ese mismo camino —lleno de preguntas y de sombras— es también el más valioso. Porque en él empezamos a ver trazos, motivos, colores, formas, melodías. Porque en la acción, en el hacer mismo, volvemos a encontrarnos con nuestro yo creativo. Con ese niño o niña interior que nunca dejó de jugar.

Ahí es donde nace la esencia de esta obra. El maestro Abelardo siempre nos mostró cómo conservar la capacidad de ser niños en el arte: jugar, imaginar, inventar mundos y traducirlos en actos creativos. Por eso, *Jugando a ser hormigas* se convierte también en un llamado a recuperar esa parte vital de nosotros: volver a jugar. Volver a ser niños.

¿Por qué dejar de jugar?

Sabemos que, en el proceso de crecer, el juego es nuestra primera forma de explorar el mundo. Desde niños, estamos en contacto directo con el arte, con la expresión y el descubrimiento. Cantamos antes de hablar, bailamos antes de caminar, dibujamos antes de comprender las palabras. El arte, en sus múltiples formas, es el lenguaje más puro con el que empezamos a comunicarnos como seres humanos con el entorno. Nuestra inocencia nos devolverá al mundo creativo.

Con el tiempo, sin embargo, dejamos de lado ese lenguaje. Nos exigimos resultados, estructuras, metas visibles. Y lo lúdico se vuelve en formas, convenciones, estilos, conceptos dejando a un lado el deleite del hacer. Pero es justamente en ese gesto de volver a jugar, de permitirnos la inocencia, donde se abre la puerta hacia la creación auténtica.

Nuestra creatividad no vislumbra con técnicas complejas, sino con la capacidad de asombro. La misma que teníamos de niños cuando mirábamos una hoja caer, buscábamos formas en las nubes o descubríamos una melodía. Volver a esa mirada es volver al arte en su estado más genuino: como un acto vital, como una

forma de habitar el mundo con curiosidad, ternura y libertad.

Y es desde ahí que la reflexión sobre la interdisciplinariedad cobra un nuevo sentido. Porque ese encuentro entre diferentes artes —la danza, la música o el teatro— es también un juego. Un juego de observación, de escucha, de diálogo. Es una invitación a mirar al otro con ojos nuevos, a leer lo que expresa a través de sus movimientos, de sus trazos, de su sonido.

Y es solo cuando nos permitimos ese juego sin jerarquías, sin dependencias, que se construye un discurso común. Un discurso donde el arte deja de dividirse en disciplinas para convertirse en un lenguaje expandido, en una conversación profunda entre diferentes mundos creativos.

Jugando a ser hormigas es precisamente eso: un ejemplo de cómo una obra interdisciplinar puede tejer vínculos desde la creación individual, construyendo un tejido colectivo. Es una exploración semiótica viva, donde cada gesto adquiere sentido al ser interpretado por el otro. Donde el músico observa los movimientos de la bailarina, y la actriz escucha el repique del tambor. Donde una flauta guía

la imagen, y un movimiento se transforma en sonido.

Es un juego simbólico que genera un nuevo lenguaje. Una lengua común entre artistas que, al observarse y dejarse permear por las expresiones del otro, crean algo nuevo. Algo que no pertenece a nadie en particular, pero que contiene a todos.

Un espacio interdisciplinar reúne más que disciplinas: convoca sensibilidades, miradas diversas, experiencias vitales y maneras distintas de comprender el mundo. No se trata únicamente de un ejercicio técnico o metodológico, sino de un encuentro humano. De una disposición a escuchar, a observar y a transformarse a través del otro.

Por eso, el sentido de estos espacios no radica únicamente en el resultado final, en el producto escénico, sino en lo que ocurre en el proceso. En lo que cada artista empieza a sentir, entender y resignificar de su propio ser. La obra se convierte en un espejo, en un laboratorio emocional y conceptual donde las preguntas iniciales ¿por qué hacemos arte?, ¿qué papel tiene en nuestras vidas? Encuentran nuevas formas de ser habitadas.

Así, *Jugando a ser hormigas* se vuelve una invitación al crecimiento colectivo y personal. Una obra que no solo representa una idea, sino que encarna un proceso: el de buscar, hallar lo imperfecto y volverlo parte de la obra, como el dibujo de una bella cicatriz enlazado con la belleza y destreza del artista. Cada uno, desde su saber, fue entretejiendo elementos nuevos tomados de otras disciplinas. Un ejercicio creativo de apertura. Porque para poder crear juntos, primero hay que despojarse de certezas.

La dirección de esta obra exigió, precisamente, un ejercicio de escucha y comprensión profunda. Fue necesario investigar, explorar, sumergirse en los discursos propios de cada arte involucrada. Comprender sus códigos, sus signos, sus lógicas, sus modos de hacer. Y a partir de ahí, construir una triangulación que permitiera establecer puentes reales entre esas formas distintas de ver y habitar el mundo.

Se buscaba una visión total, integradora, donde ninguna disciplina subordinara a otra. Donde el discurso escénico pudiera emerger del entrecruzamiento genuino entre los lenguajes. Así, se generó un lazo comunicativo honesto y orgánico, un

espacio donde el arte mismo empezaba a crecer y reconfigurarse desde adentro. Como bien señala Polo (2019, p. 106), “el espectáculo actual permite un diálogo entre el diferente potencial que tienen las artes y su capacidad de penetrar en la materia artística”.

Esto fue posible gracias al juego, a la observación mutua, al aprendizaje desde el hacer. Fue posible porque nos dejamos permear por cada expresión artística sin limitantes, con la única intención de crear por el placer de crear. *Jugando a ser hormigas* es una obra cargada de símbolos, de imágenes que nos confrontan con la muerte, la niñez, la adultez y la transformación. Es un acto poético y catártico. Y por eso, también es una obra que sana.

Jugando a ser hormigas no solo fue un acto escénico. Fue, ante todo, un espacio de sanación. Una obra que nos recordó el poder transformador del arte cuando es vivido desde el cuerpo, desde la emoción y desde la presencia del otro. En su transcurrir, fue sacando a la luz partes de nosotros que creíamos dormidas, heridas que no habíamos nombrado, y memorias que necesitaban ser liberadas a través del

movimiento, del sonido, de la imagen, del gesto.

En este encuentro, cada artista encontró una forma de volver a sí mismo. De reencontrarse con su esencia creativa, con su niño interior, con esa pulsión vital que da sentido al hacer artístico. Y así, en lugar de perderse en el caos, encontró un camino para habitarlo. Para transformarlo.

La obra nos mostró que el arte no está fuera de nosotros, sino que somos nosotros mismos. Que cada expresión, cada trazo, cada grito, es una extensión de nuestra historia. Y al ser compartida, se vuelve colectiva. Ya no es solo mía ni tuya, sino nuestra. Un testimonio vivo de lo que somos capaces de crear cuando nos escuchamos, cuando jugamos, cuando confiamos en el otro.

Por eso, un encuentro interdisciplinar no solo amplía los lenguajes artísticos: amplía nuestras posibilidades de ser. Nos permite explorar rincones inexplorados de nuestra identidad, matices que emergen solo cuando la mirada del otro nos invita a vernos de nuevo. Es la creatividad apoderándose del espacio, germinando actos nuevos, espontáneos, vitales.

Y entonces, todas esas preguntas que nos rondaban —¿por qué hacemos arte?, ¿para qué sirve?, ¿cómo empezar? —, encuentran respuestas no en la teoría, sino en la experiencia misma. En ese momento en que un movimiento se vuelve signo, en que un sonido abraza una imagen, en que una voz se alza y detiene el mundo.

Ese canto que nos sacude, que nos recuerda lo esencial, que nos dice:

“¡Déjala llorar!”

Y con ese grito que es también susurro, clamor y despedida, comprendemos: el arte es un acto de amor, de memoria y de vida. Y mientras haya alguien dispuesto a jugar, a mirar con ojos nuevos, a cantar desde lo más profundo, el arte seguirá siendo ese refugio donde todo es posible.

Y terminando con la última frase de la dramaturgia. “Ahora vuelvo al lugar de donde vine. Cabeciduro como soy, no me muero, solo me retiro a dormir un poco.” Sal (2024, p. 3).

Conclusiones

La experiencia de *Jugando a ser hormigas* demuestra que la creación interdisciplinar no solo amplía las posibilidades expresivas

del arte, sino que también invita a una revisión profunda del rol del artista en su contexto. Este tipo de procesos permiten recuperar la intuición, la imaginación, el juego y el asombro como fundamentos esenciales del acto creativo. Asimismo, se evidencia que la interdisciplina no es solo técnica, sino también afectiva y simbólica: crea puentes, provoca encuentros y posibilita la construcción de un lenguaje común sin jerarquías.

Además, se afirma el arte como un medio para sanar, para reencontrarse con la infancia, con la memoria y con los otros, revelando así el potencial del arte como territorio de humanidad. En estos espacios, cada artista no solo aporta desde su experticia, sino que se transforma a partir del diálogo con lo diverso.

Referentes

Adorno. (2000). *sobre la música*.
Barcelona: Paidós Ibérica, S. A.

Agamben, G. (2001). *Infancia e historia: destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Adriana Hidalgo Editora.

Huizinga, J. (1949). *Homo Ludens*. Alianza Editorial.

López, C. R. (2014). *Investigación artística en música*. Barcelona: Programa de fomento a proyectos y coinversiones culturales del fondo nacional para la cultura y las Artes de México.

Morin, E. (1999). *El método: La naturaleza de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Polo. (2019). *Pensamiento musical*. Santander: Universidad de Cantabria.

Saborit y Carrere, A. J. (2000). *Retórica de la pintura*. Madrid: Anzos, S. L.